



Revista de Fomento Social, 53 (1998), 131-149

---

## RECENSIONES

---

### ECONOMÍA INTERNACIONAL

---

SEBASTIÁN, L. de (1997), *El neoliberalismo global. Apuntes críticos de economía internacional*, Ed. Trotta, Madrid, 148 págs.

---

Luis de Sebastián posee una doble virtud: analiza con rigurosidad científica los problemas económicos, rigurosidad que viene avalada por su condición de profesor de ESADE, la prestación de servicios en el Banco Mundial y haber estado durante mucho años de su vida en Universidades americanas, y al mismo tiempo utiliza un lenguaje que permite al lector medio comprender algunas decisiones y propuestas económicas aparentemente entendibles sólo para los «iniciados»; al mismo tiempo, pone de manifiesto las implicaciones no técnicas sino políticas que hay detrás de muchas de tales

decisiones y propuestas.

El libro que recensamos tiene un carácter «socio-económico» y recopila de forma ordenada por bloques temáticos los artículos publicados en prensa por el autor durante el período 1994-1996.

El análisis que ahora paso a realizar es deudor, ya lo adelanto, en buena medida de los conocimientos de economía internacional adquiridos en los ámbitos de reflexión pluridisciplinar de Cristianisme i Justícia, y en muchas ocasiones precisadamente por medio de las aportaciones efectuadas por el autor del libro. Por consiguiente, mi comentario es, más que un análisis propio de las cuestiones abordadas en el estudio, una síntesis de las que para mí son las ideas más importantes recogidas y defendidas en el libro, acompañadas eso sí por algunas reflexiones propias (o quizás no tan propias porque beben del conocimiento también adquirido en los ámbitos de reflexión antes citados) sobre aquellas materias de carácter

social sobre las que puedo efectuar alguna aportación personal.

Pretende el autor, y estoy seguro que la publicación puede lograr tal objetivo, que el libro sea utilizado en colegios, grupos de estudio y reflexión y entidades que trabajan en el campo de la iniciativa social, como un pequeño manual de las relaciones económicas internacionales. De forma muy honesta, el propio Luis de Sebastián advierte que, al tratarse de una recopilación de artículos periodísticos, algunos de ellos pueden ya carecer de interés. Ahora bien, después de una lectura detallada de todos los artículos escritos en los dos años anteriores (muchos de los cuales ya había tenido la suerte de poder leer en el momento de su publicación originaria), comparto el mismo criterio del autor de que la parte más sólida de sus argumentaciones, es decir el análisis teórico de los problemas y cuestiones, sigue siendo válido en un altísimo porcentaje. Además, los breves comentarios de actualización que efectúa en algunos de dichos artículos ayudan perfectamente a ubicar estos en el contexto actual.

Hay cuatro temas de fondo que recorren todas las aportaciones periodísticas recogidas en el libro:

A) Una dura crítica del modelo económico neoliberal, difundido desde Estados Unidos y algunas organizaciones internacionales (básicamente el Fondo Monetario Internacional), tratando de demostrar, con un lenguaje claro y perfectamente entendible, que muchas de las pretendidas verdades técnicas económicas no son sino claras opciones políticas.

B) La defensa de la ayuda internacional a los países menos desarrollados o en fase de desarrollo, y defensa asimismo de los Tratados internacionales (GATT, OMC) que tratan de facilitar la liberalización del comercio internacional, liberalización que debería llevar a una mejor ordenación de la actividad comercial a escala internacional, y que al mismo tiempo, debería implicar «un cierto reequilibrio a muy largo plazo que parece ha de pasar por una mayor austeridad del Norte (¡no sólo entre los asalariados!) y un reforzamiento de los mecanismos internos de solidaridad». Luis de Sebastián se detiene especialmente en la problemática de América Latina, de forma que es fácilmente comprobable el elevado grado de conocimiento que posee de la realidad social y económica de los países del hemisferio sur.

C) El estudio de los retos impuestos por el Tratado de Maastricht (ahora ya convertido en Tratado de Amsterdam) para avanzar en el camino previsto de la Unión Económica y Monetaria. El autor en un primer momento se decantaba por el relajamiento de tales criterios para España, si bien más adelante se opera un cambio de tesis y defiende que la convergencia debe efectuarse ya a partir de la reforma del Tratado, y si ello no fuera posible entonces habrá que relajar los criterios de convergencia para todos los países de la Unión.

Luis de Sebastián es muy crítico, y las tesis defendidas en la publicación han sido también apoyadas por el destacado economista americano Paul Krugmann,

con el cumplimiento estricto de los criterios de convergencia si han de suponer el incremento de las tasas de desempleo y el riesgo de una mayor dualización social en los países europeos. Sostiene que la convergencia no debería nunca lograrse a costa de los logros sociales alcanzados en la Europa comunitaria desde la finalización de la segunda guerra mundial, y que no merecería la pena, pensando en el conjunto de la ciudadanía, «llegar con una enorme recesión, desempleo, descontento social, movilizaciones callejeras a la francesa e inestabilidad política».

D) En fin, manifiesta su deseo, no en un artículo concreto sino que el mismo atraviesa transversalmente toda la publicación, de que los estudiantes de las Facultades de Ciencias Económicas, y yo me permito añadir aquí a todas las personas que estudian economía en las diferentes diplomaturas y licenciaturas universitarias, no acepten acríticamente el «pensamiento único» que se propaga hoy de forma mayoritaria en las Universidades, influidas en gran medida por las instituciones internacionales donde se encuentran los defensores del credo neoliberal o «teólogos del mercado», y que traten de pensar cómo lograr que la economía sirva para el objetivo de lograr una mejora de las condiciones de vida de todas y todos los ciudadanos.

Soy del parecer que la política económica debe posibilitar el logro de un crecimiento ordenado que pueda posibilitar después una distribución socialmente equilibrada de la riqueza producida. De poco servirá, para una gran mayoría de

personas, un sistema económico que genere riqueza pero que no la distribuya equitativamente entre la población. Las alabanzas habituales al sistema económico en el que vivimos, con pocas excepciones, no debe hacernos olvidar que dicho sistema deja tras de sí millones de trabajadores descontentos. Comparto la tesis defendida por el director del Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York, Ethan B. Kapstein, en un artículo publicado en la Revista «Política Exterior», que «el fracaso del capitalismo global en el reparto de la riqueza plantea un problema no sólo a los políticos sino también a la ciencia económica».

El libro se estructura en cinco partes. La primera, a mi entender la más importante desde el punto de vista de la reflexión y argumentación teórica ya que buena parte de los artículos contenidos en otros bloques del texto reproducen argumentaciones contenidas en alguno de los recogidos en ésta, y a la que voy a prestar en consecuencia atención preferente en esta recensión se titula «Déficits, mercados y reforma». Se procede a explicar el modelo de dirección económica prevalente en la actualidad y se trata de demostrar que responde básicamente a los intereses del capital financiero internacional.

Luis de Sebastián analiza con cuidado y detalle como la internacionalización de los mercados financieros ha hecho disminuir considerablemente el poder de cada Estado para determinar el curso de la economía mundial. La internacionalización de mercados financieros y la mundialización de la economía conllevan una

competencia desigual entre países y un alejamiento de los centros de decisión para muchos de ellos, aún cuando esta tesis sea negada por algunos defensores de la ortodoxia del mercado, como el Banco Mundial, que imputan la responsabilidad de los éxitos o fracasos a la adopción de «políticas acertadas» (¿cuáles?) por los Gobiernos nacionales. Precisamente cabe reseñar aquí que en una investigación realizada por profesores de Sociología de diferentes Universidades se ha puesto de manifiesto que el principal problema del mundo en un horizonte temporal de diez años será el incremento de las desigualdades entre países ricos y pobres.

El autor defiende que la revolución tecnológica y la reestructuración empresarial tienen mucho más que ver en el deterioro de las condiciones de vida de muchas y muchos trabajadores de países desarrollados que la competencia que les puedan hacer quienes trabajan en los países pobres, a salvo de algunas excepciones que se concentran en las industrias intensivas en mano de obra. Como he sostenido en varias ocasiones, los cambios tecnológicos tienen una gran importancia e innegable incidencia en los procesos productivos y la reorganización de los tiempos de vida y de trabajo, y la cuestión a debate, que a mi parecer no tiene aún una respuesta clara y unívoca, es saber en qué medida dichos cambios repercuten en beneficio del conjunto de la población o de sólo una parte minoritaria de la misma. Una revolución tecnológica en curso que lleva al conocido sociólogo

Guy Aznar a defender que el cambio organizacional que implica lleva consigo «un proyecto de sociedad donde el empleo (permanente, fijo, a jornada completa) será parecido a una especie en vías de extinción».

Dentro de esta primera parte me parece también importante destacar algunas de las tesis más concretas que aparecen defendidas en varios artículos.

A) La importancia del elevado volumen de desempleo, y también del de personas que aún trabajando viven por debajo de los umbrales de pobreza, para evitar el crecimiento real de los salarios en momentos de expansión económica, apoyando su tesis con la cita de varios ejemplos de destacadas empresas multinacionales norteamericanas.

B) La necesidad de que los responsables de las políticas macroeconómicas no sean totalmente prisioneros de su ideología y de sus hábitos mentales, y por consiguiente que sepan reconocer que al cambiar el mundo también deben cambiar las políticas económicas. Precisamente, según el autor, la depresión de los años treinta se debió al mantenimiento de políticas pensadas para otros tiempos y que habían quedado ya obsoletas.

C) Defensa del Estado de Bienestar, con una dura crítica a los defensores a ultranza de su derribo porque no quieren darse cuenta de que «se están echando piedras contra su propio tejado» (sustitúyase tejado por sistema capitalista). El Estado de Bienestar ha sido la vía a través de la cual se ha logrado una mejora importante del nivel de vida de los trabajadores

asalariados en los países capitalistas y no parece haber muchas dudas que el cambio acaecido en los países de la Europa central y del Este a finales de los ochenta se debió, según tesis del autor que comparto, «a la imagen de libertad, prosperidad y bienestar que los obreros y empleados de los países capitalistas transmitían a los trabajadores de los países comunistas».

Detengámonos brevemente en este punto y aportemos aquí algunas de las ideas defendidas en numerosas ocasiones por los miembros de Cristianisme i Justícia: el debate sobre el Estado de Bienestar no es meramente de naturaleza técnica, y nunca lo ha sido desde que se inició en el S. XIX. En cada uno de los planteamientos defendidos sobre sus ventajas e inconvenientes se manifiestan diferentes modelos sobre cómo han de ser nuestras sociedades y en qué medida deben valorarse con mayor o menor intensidad aspectos tales como la competitividad o la solidaridad. Un debate sereno sobre el futuro del Estado de Bienestar, alejado de coyunturalismos meramente electoralistas, debería buscar la justa combinación entre ambos valores, invirtiendo la tendencia que durante muchos años se ha manifestado de primacía del primero. Pues la solidaridad no es un valor abstracto: son millones de familias europeas en las que no trabaja ninguno de sus miembros; son cuerpos dormidos en pleno invierno en estaciones de metro; son niños menores de 12 años trabajando de sol a sol en India, Egipto, Nepal o Marruecos, para que buena parte de quienes

viven en países desarrollados puedan tener alfombras o algodón más barato.

Además, tal como sostiene el autor, el debate sereno sobre las correcciones necesarias para mantener la viabilidad del Estado de Bienestar no debe hacernos olvidar los intereses no confesados de quienes están interesados pura y simplemente en su desaparición: las compañías de seguros privados, las entidades bancarias, o las empresas comerciales que prestan servicios personales, por citar sólo ejemplos significativos.

D) Crítica radical a la filosofía oficial del «pensamiento único» de que, al crecer la economía se eleva el nivel de vida de toda la población; demuestra de forma precisa en sus artículos que esta afirmación no es cierta y que el crecimiento económico está siendo acompañado por un agravamiento de las desigualdades sociales en muchos países, siendo especialmente visibles en los Estados Unidos.

A mi entender, hay que buscar fórmulas económicas y sociales adecuadas de atajar la creciente dualización social que se está dando en las sociedades desarrolladas, dualización que de continuar expandiéndose puede llegar a poner en tela de juicio la bondad de los sistemas democráticos existentes, pues la exclusión social, y por tanto la pobreza, tal como ha manifestado recientemente el Parlamento europeo, «constituyen una violación de los derechos fundamentales de la persona y de la familia como núcleo central de la sociedad que puede minar en el futuro nuestras democracias»

El autor es particularmente crítico con

la distribución del ingreso en los Estados Unidos, al afirmar que «se está pareciendo cada vez más a la de los países más desiguales del Tercer Mundo», y se pregunta, ahora con carácter más general, hasta cuando tolerará una sociedad democrática este paulatino despojo de los grupos de menores ingresos en beneficio de los más ricos». En efecto, el nivel de vida de buena parte de la clase media americana no ha cesado de degradarse en las últimas dos décadas, y se ha puesto de manifiesto con toda claridad que «la economía puede ser dinámica y la productividad aumentar sin que los beneficios de la expansión sean repartidos a medio plazo entre el mayor número de personas».

A mi parecer, y creo que coincido plenamente con la tesis de Luis de Sebastián, el desempleo y la dualización social se están configurando como rasgos estructurales de la actual realidad económica y no como aspectos coyunturales, desmintiendo las tesis neoliberales que proclamaban su carácter pasajero. Los costes de tal situación se manifiestan claramente en países como Gran Bretaña y Estados Unidos, y en este segundo el profesor Jeremy Rifkin ha puesto de relieve que, caso de seguirse incrementando las diferencias, «el amplio desequilibrio entre los que tienen y los que no tienen conducirá a más disturbios sociales y a más delincuencia y violencia».

La segunda parte está dedicada a «Teorías, instituciones y problemas de la economía internacional». Una de las tesis más importante que se recogen en este capítulo es que el problema de la pobreza

en la mayor parte de los países pobres no se está solucionando sino que está aumentando, «lo que exige una necesidad de ayuda mayor y de mejor calidad que en otros tiempos». Se formula una dura crítica a la reducción de la ayuda al desarrollo concedida por los países capitalistas más desarrollados en los últimos años, y se afirma que en gran medida queda demostrado que buena parte de esa ayuda se otorgaba por el temor de que los países pobres se pasaran al campo socialista, algo que hoy en día es evidentemente imposible.

Luis de Sebastián afirma, en sintonía con otros economistas que poseen sensibilidad social, que la pobreza existente «no sólo es una prueba del fracaso del sistema económico vigente... (sino que también) es además una bomba atómica que amenaza con una explosión social de características y alcances insospechados para los que nacimos en el Siglo XX». Aumento de la pobreza que va estrechamente relacionado con el deterioro de la salud pública en los países pobres, deterioro producido por una política de reducción de gastos en un bien público absolutamente necesario para la gran mayoría de la población.

Del análisis y estudio detallado de la mayor parte de los informes, anuales o con otra periodicidad, publicados por las diferentes organizaciones internacionales, se constata que existe un crecimiento económico cada vez más importante y un ritmo más elevado de productividad, pero que al mismo tiempo hay cada vez más, en términos globales, más desigualdades

sociales y mayor número de excluidos, de forma que aumenta un poco el número de «ganadores» y se incrementa de forma considerable el número de «perdedores». La brecha entre los países ricos y pobres se va ampliando gradualmente: en 1960 la renta del 20% de los países más ricos del mundo era treinta veces superior a la del 20% de los países más pobres, y en 1990 esta diferencia se había duplicado. La brecha sigue ampliándose y los Informes anuales sobre desarrollo humano de la ONU no hacen sino constatarlo. Esta dura realidad no deja de ser claramente contradictoria con el dato, también aportado en los estudios citados, de que desde 1945 el producto nacional bruto mundial se haya multiplicado por siete y que el ingreso per cápita se haya triplicado. Precisamente la reducción de la pobreza debería ser uno de los objetivos fundamentales de la acción política internacional según el documento sobre gobernabilidad mundial presentado en la reunión de Davos en 1995 por una Comisión presidida por el primer ministro sueco I. Carlsson y al que se refiere con mucho detalle Luis de Sebastián en un artículo publicado el mes de mayo de dicho año.

Acostumbrados a hablar casi únicamente de temas económicos, muchas veces nos olvidamos que existen flagrantes desigualdades entre países y continentes, y que, como recuerdan los documentos aprobados en la cumbre social de Copenhague del mes de marzo de 1995, «una persona de cada cinco vive en el umbral de la pobreza, el desempleo afecta a millones de personas en todos los paí-

ses y los casos de exclusión social se multiplican en todas las sociedades, sean ricas o pobres». Estoy convencido que sigue siendo válida la tesis que defendía en un estudio realizado por Cristianisme i Justícia hace varios años, según la cual «los problemas más graves que aparecen en nuestras sociedades desarrolladas y con elevado grado de bienestar provienen del hecho de que existe un sector de la población cada vez más numeroso que se queda al margen del universo de la mayoría».

El autor, como he indicado con anterioridad, formula una valoración positiva de la conclusión de la Ronda Uruguay y la creación de la OMC. En su análisis de como puede desarrollarse el comercio internacional, pone de relieve la importancia que están adquiriendo algunos países asiáticos que poseen gran capacidad exportadora, y que debido a su importante inversión en educación, ciencia y tecnología, «compiten en manufacturas avanzadas con los países hasta hace poco tiempo propietarios del Comercio». Se muestra muy crítico, al analizar las pugnas entre los partidos políticos norteamericanos, con cualquier medida que tienda a limitar los efectos que ha de suponer la creación de la OMC, por entender que las restricciones al proceso internacional implicarían el riesgo de atenuar el crecimiento económico en los países emergentes y pondrían en peligro «la consolidación de los sistemas democráticos que se han ido desarrollando».

El tercer capítulo lleva por título «Las Américas: luchas, contradicciones y es-

peranzas». Recuerda el autor que ha pasado casi 20 años de su vida en el continente americano y que buena parte de los últimos 6 años ha vivido en Estados Unidos, y argumenta de forma clara y contundente que «conocer bien lo que está pasando en los Estados Unidos es una manera de prepararse y armarse contra la embestida conservadora y los sofismas de la avaricia desmedida del capital financiero». Los aspectos más importantes de este capítulo, siempre a mi entender, son los siguientes:

A) En varios artículos se explica con todo detalle el desarrollo económico operado en México, Brasil o Argentina, por poner algunos ejemplos significativos. Se explican con claridad los importantes logros económicos, pero con no menos claridad se argumenta que este desarrollo no corre parejo con una mayor igualdad sino que se está agravando la desigualdad social y el número de personas excluidas, y se pregunta enfáticamente como se puede defender la bondad de unos modelos económicos que producen semejantes resultados.

B) En su explicación de la realidad económica y social de América Latina subraya que no se ha consolidado (aunque ciertamente algo se haya avanzado) ni en la estabilidad monetaria y fiscal, ni en un crecimiento económico sustancial y sostenible. Al mismo tiempo expone con toda claridad como no hay fórmulas técnicas ni tampoco voluntad política para garantizar un reparto más igualitario de la renta y para adoptar medidas de protección para los más débiles.

C) El autor es bastante crítico con el modelo americano de mercado de trabajo, porque numerosos empleos creados en los últimos años no son remunerados de forma que la persona que esté ocupada salga de la situación de pobreza, y afirma, en los mismos términos que se han expresado dirigentes políticos, economistas y sociólogos, que «el aumento de la violencia en las ciudades norteamericanas tiene mucho que ver con esta evolución del mercado de trabajo». Es cierto que Estados Unidos ha creado un volumen muy importante de empleos en los últimos años (concretamente más de ocho millones y medio en el período 1992-1996), pero no lo es menos que hay importante elementos de dualización social en su interior. El empresario privado más importante en la actualidad es la empresa de trabajo temporal Manpower que ocupa a más de 750.000 trabajadoras y trabajadores, y según la mayor parte de los analistas, «los trabajadores temporales representan ya el 35% de los activos y podrán alcanzar el 50% desde ahora hasta el año 2.000». Además, tal como ha puesto de manifiesto el corresponsal del prestigioso diario Financial Times en Nueva York, Simon Head, el importante aumento de creación de nuevos empleos «se ha producido sin una mejora notable del sistema educativo y de formación».

El capítulo cuarto está dedicado a la realidad asiática y lleva por título «A vueltas con el milagro asiático». La tesis fundamental del autor, pensando en la posibilidad de exportar la estrategia económica y social de dichos países a España



ña, es que es prácticamente imposible copiar algo de la historia de los países asiáticos más prósperos, debido a sus especiales características culturales y religiosas, y también al hecho de que buena parte de las medidas adoptadas han sido posibles por existir gobiernos dictatoriales y restricción muy severa de los derechos colectivos laborales. No parece que Luis de Sebastián sea un «forro» excesivo de las economías asiáticas y de sus logros, e incluso desmitifica algunas de sus pretendidas especificidades y sostiene, siguiendo a Paul Krugman, que el desarrollo de los países asiáticos se parece al de otros países «que movilizaron masivamente durante un cierto tiempo una gran cantidad de factores de producción, básicamente capital y trabajo, a los sectores productivos e importaron la tecnología que había en el medio». Seguramente las convulsiones acaecidas recientemente en buena parte de los países del Sureste asiático vienen a confirmar muchas de las dudas expresadas por el autor respecto a la pretendida bondad de su modelos económicos.

La quinta y última parte del trabajo lleva por título «Nuestra madre Europa y España su hija enferma». La tesis sostenida por el autor es la defensa del sistema de organización económica de Europa, por entender que es un modelo más humano y socialmente más justo que el de los Estados Unidos, aún cuando no deje de subrayar con todo detalle los errores e ineficiencias de dicho sistema que es necesario corregir.

Coincido con el autor y pienso que el

modelo europeo continental puede y debe ser reformado para mantener las líneas básicas sobre las que fue construido, y que introducir el modelo norteamericano en Europa llevaría a una importante conflictividad social que no creo que sea deseada ni siquiera por los gobiernos conservadores. Las voces que defienden el modelo europeo no provienen sólo de círculos progresistas, sino también de algunos políticos conservadores con cierto sentido de sensibilidad social, o como mínimo suficientemente inteligentes para ver la necesidad de adoptar medidas adecuadas antes de una explosión social. Un ejemplo claro es el presidente francés Jacques Chirac, quien afirmaba en la reunión de los siete países más importantes del mundo (G-7), celebrada el mes de abril de 1996 en Lille, que hay que corregir los efectos sociales que implica la mundialización del sistema económico, porque en la actualidad dicho proceso «va acompañado en los países desarrollados de un incremento del desempleo, la precariedad y la pobreza», y que hay que defender el modelo social «fundado en una protección social conforme a la dignidad de la persona, una tradición de diálogo y negociación, y con el papel del Estado como garante social».

Se trata a mi entender de fortalecer el desarrollo de la dimensión social europea (que incluye el reconocimiento de la igualdad de trato para ciudadanos provenientes de países extracomunitarios, siempre que hayan accedido legalmente a algún país de la Unión) y reforzar el papel de los agentes sociales, ya que ambas medidas

constituyen condición básica para poder conciliar la libertad de mercado con el equilibrio social. Y el fortalecimiento de la dimensión social pasa por reforzar, con todas las correcciones que sean necesarias, los sistemas públicos de protección social, por la importante función que cumplen de fortalecimiento de la cohesión social y de mantenimiento de la paz social. Piénsese, además como estos sistemas, entendidos en un sentido amplio, han posibilitado el acceso de las capas sociales más desfavorecidas al ámbito educativo, sanitario y de la vivienda, y como cumplen hoy un papel amortiguador de los conflictos sociales derivados de la grave situación de desempleo en que se encuentran muchas personas. Como afirma Luis de Sebastián, el objetivo de un nuevo modelo social europeo es conseguir que «los mercados se vayan haciendo más favorables al empleo (es decir, más flexibles), sin que se reduzcan substancialmente las remuneraciones ni las prestaciones sociales básicas». Y desde esta perspectiva puede entenderse plenamente el argumento sostenido por el autor, en un artículo escrito con ocasión de los conflictos sociales en Francia acaecidos a finales de 1995, según el cual la mayor parte de los ciudadanos no aceptarán en absoluto la reforma de la Seguridad Social (y añado yo ahora que pensemos en las reformas puestas en marcha en España) si ésta consiste «en el recorte puro y simple de las prestaciones y el aumento de los costes a los beneficiarios».

La defensa del modelo económico y social europeo, en definitiva de la econo-

mía social de mercado, se acompaña de la argumentación de que el crecimiento de la economía es necesario para mejorar la suerte de los ciudadanos pero no suficiente, y que hay que prestar especial atención a los aspectos redistributivos. En mi opinión, los límites del mercado deben ser subsanados por un correctivo importante de solidaridad social lograda por medio de la intervención de los poderes públicos y también con un peso más relevante del sector de la iniciativa social.

Por fin, cabe destacar algún artículo en el que aborda dónde puede producirse la creación de nuevos empleos, con la tesis de que todavía queda mucho por hacer en sectores en donde la intensidad de mano de obra es apreciable: educación y cultura, información, salud pública, cuidado de minusválidos y personas de la tercera edad, construcción de viviendas, parques recreativos, carreteras e infraestructuras productivas.

Buena parte de dichas propuestas guardan relación con las «nuevas políticas de empleo» diseñadas en el ámbito comunitario, aquellas que prestan especial atención a los nuevos yacimientos de empleos y servicios de proximidad, que han de elaborarse fundamentalmente a escala local y que deberán contar con la ayuda de los Fondos Estructurales Comunitarios. Precisamente el desarrollo local es potenciado, al menos teóricamente, por los países de la Unión, afirmándose en las conclusiones de la Presidencia del Consejo Europeo celebrado en Florencia el mes de junio de 1996 que había que poner en marcha durante 1997 «proyec-

tos pilotos concernientes a los pactos territoriales y locales para el empleo», como así se hizo con resultados diversos.

Asimismo, las políticas de desarrollo local deberían tender a la potenciación de un tejido empresarial más dinámico, atento a los problemas del entorno medioambiental y más sensible a los problemas sociales, nutrido de pequeñas empresas (que no se olvide que dan ocupación a más del 70% de las personas ocupadas en la UE); un nuevo concepto de empresariedad que debería potenciarse desde los propios centros de enseñanza, antes las dificultades cada día más importantes para acceder a un empleo asalariado.

Las últimas líneas de esta presentación deben ser para remitirse a lo escrito en su inicio. Se trata de un libro que debe ser leído por su interés científico y por su claridad expositiva. No es fácil encontrar ambos valores en la obra de un universitario, muchas veces preocupado más por lo primero que por lo segundo aunque ello reduzca considerablemente su difusión. Luis de Sebastián conjuga adecuadamente la rigurosidad y la amenidad, y de ello saldrán beneficiadas todas las personas que tengan la suerte de leer esta publicación.

Eduardo Rojo Torrecilla